

ALPARGATAS Y BIBLIAS

Cecilia Ceraso e Ignacio Blanco

Ordenado sacerdote de Buenos Aires en 1959, pocos años después de haber participado –según sus propias palabras– “del júbilo orgiástico de la oligarquía por la caída de Perón”, el Padre Carlos Mugica también supo reconocer sus contradicciones ligadas a su origen pulcro y aristocrático. Relataba que en una ocasión luego del golpe del '55, caminando por un pasillo oscuro de un conventillo vio una leyenda escrita en la pared que lo conmovió profundamente: “Sin Perón no hay Patria ni Dios. Abajo los cuervos”. Los cuervos eran los curas. Quizás en ese momento supo que si permanecía en el lugar de siempre seguiría estando en la vereda de enfrente de “la gente humilde”.

He aquí una revelación para entender una relación tan estrecha como compleja: La Iglesia y el Peronismo

Mugica entendió la clave: el pueblo más pobre se afiliaba peronista, la retórica eclesial oficial se parecía a la de las clases oligárquicas. Se animó a resolver una difícil ecuación; no dejó de ser cura ni de responder a sus responsabilidades religiosas pero se definió peronista por fidelidad a la predicación evangélica. Murió mártir por causa de esta fidelidad: “ahora más que nunca hay que estar unidos junto al pueblo”, repetía luego de haber sido alcanzado por la ráfaga de la ametralladora el 11 de mayo de 1974.

Es difícil describir la frontera entre política y religión. Constituye una zona que se vuelve delicada por múltiples causas: ambas tienen mala prensa frente a la potestad reinante del mercado y la economía; ambas están asentadas en instituciones que están en crisis de representatividad; ambas se encuentran sujetadas a una crisis de credibilidad.

El Peronismo o Justicialismo, que surge después de una década plagada de injusticias, aparece como una alternativa válida que abre las puertas de acceso a la inmensa mayoría postergada por los que pensaban a la Argentina como un país para pocos.

En 1922 Monseñor D'Andrea, que era amigo de quien sería luego el General Perón, rescataba de Jesús no había multiplicado las monedas sino el pan, fruto del trabajo humano. Pensaba que la desigualdad era la causa de toda violencia y que la igualdad debía estar asentada sobre la riqueza legítima.

Ese Jesús que anclaba en una dimensión política, el mismo que afirmaba que el amor no era tal si no estaba precedido de la justicia social, que no se podía ser “buen cristiano” haciendo oídos sordos con los que quedaban afuera



Tejida a dos voces, una reflexión escrita a partir del diálogo sobre el tema ¿álgido? aunque aireado entre la Iglesia y el Peronismo. Mugica, Perón y la justicia social como puente.



En 1922. Monseñor D'Andrea, que era amigo de quien luego sería el General Perón, rescataba de Jesús que él no había multiplicado las monedas sino el pan, fruto del trabajo humano. D'Andrea pensaba que la desigualdad era la causa de toda violencia.

injustamente, es piedra fundamental de la Doctrina Social de la Iglesia y de la Doctrina Justicialista.

Es un hecho indiscutible que el Peronismo pudo concretar esta enseñanza social de la Iglesia. La historia nacional vio amanecer una novedad inusitada en el ascenso de las clases populares a una vida más digna. Es decir, un anuncio que no sólo convocaba a la expectativa de una vida feliz "más allá" sino que hacía más plena la vida de los hombres en el más acá. La religión católica encontró en el peronismo un cauce político que la expresaba.

La Iglesia en la Argentina y el peronismo se parecen: por su arraigo en la cultura popular, por la incidencia de sus símbolos en la cotidianidad del pueblo, por el profundo entramado que fueron tejiendo a lo largo de la historia desde la emergencia de Perón en la política de nuestra patria. Ambos se animaron a habitar el mismo territorio que habita el pueblo (el pueblo pobre, trabajador, encuentra en estos ámbitos un lugar donde se siente expresado y puede manifestarse con sus propias palabras y gestos) y ambos responden a la estructura del movimiento.

Queremos decir por movimiento aquel colectivo suficientemente amplio donde uno puede encontrar las posturas más extremas y un abanico intermedio de miradas, perspectivas y opciones.

La Iglesia aparece como una institución que puede mostrar entre sus fieles a miembros de familias aristocráticas que profesan una fe integrista, como es el caso de Tradición, Familia y Propiedad; como también, y en sus antípodas, el compromiso del recordado Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo que reclamaba una vida cercana a la realidad de los más pobres y comprometida con los procesos políticos a favor de las mayorías populares.

El Peronismo levantó las banderas de Evita y enrojeció de vergüenza ante la sola mención del Brujo José López Rega, aquel triste y corrupto ministro de Bienestar Social que mandó matar al P. Carlos Mugica. Los movimientos revolucionarios de los setenta se sintieron convocados (no sin contradicciones ni fuertes debates) por el Perón que volvía del exilio. Pero el Peronismo también se vistió en los 90 de menemismo, aquella década donde se arriaron las banderas más preciadas del justicialismo en favor de los humildes para izar las del neoliberalismo y ofrecer una fiesta para pocos. Tensiones.

Se dice que derechas e izquierdas, históricamente, encuentran lugar en la Iglesia y en el Peronismo. Que tanto una como lo otro, en sus extremos, dan cuenta de un posible autoritarismo que lesiona la autonomía individual y co-



munitaria. La deformación de ambos movimientos, política y religiosamente, es caer en el paternalismo.

Pero ante esta amenaza, históricamente aparecieron cauces que animaron una verdadera transformación personal y social, generando encuentros que promovieron la organización y el crecimiento priorizando la felicidad del pueblo. Ciertamente el primer peronismo con la figura destacada de Evita y la década ganada de Néstor y Cristina, hicieron converger las mejores expresiones del peronismo y de aquellos que, desde la Iglesia, se sumaron al proyecto nacional y popular.

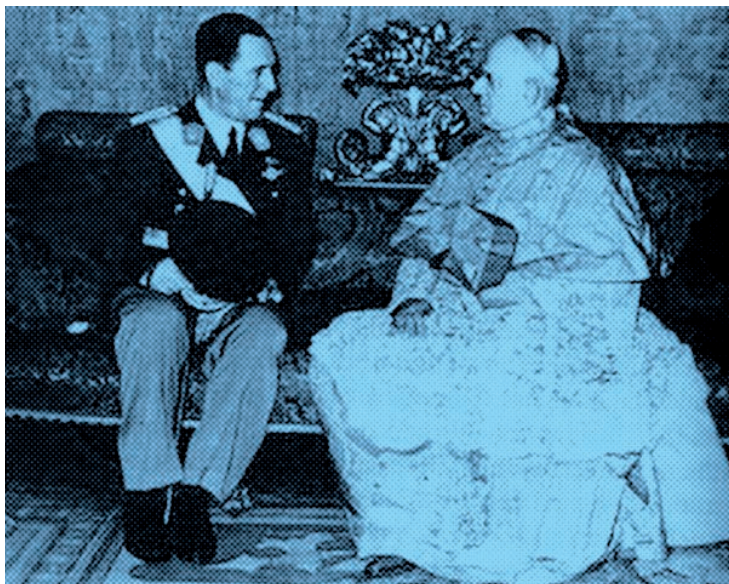
Las reuniones episcopales de la Iglesia de América Latina

en Medellín (1968) y Puebla (1979) expresaron claramente la "opción preferencial por los pobres", como una opción inherente a una fe que se precie de ser verdaderamente cristiana. El mismo Cardenal Bergoglio, a poco de comenzar su pontificado como Francisco, expresó la necesidad de ser "una Iglesia pobre y para los pobres". Esta misma opción animó al peronismo desde sus albores identificándose con el pueblo trabajador y los movimientos sindicales. Opción por los "descamisados" y los "cabecitas negras".

El peronismo se nutrió de aquel "hedor" propio de la América profunda que describe Rodolfo Kusch: "el vaho hediondo es un signo que flota a través de todo el altiplano, como



Los movimientos populares son estigmatizados en la actualidad por la derecha y por la izquierda como populismos. Pero son estos movimientos los que supieron proponer a nuestros pueblos de América Latina canales de participación y transformación.



una de sus características primordiales. Es el camión lleno de indios, que debemos tomar para ir a cualquier parte del altiplano y lo es la segunda clase de algún tren y lo son las villas miserias, pobladas de correntinos, que circundan a Buenos Aires. Se trata de una aversión irremediable que crea marcadamente la diferencia entre una supuesta pulcritud de parte nuestra y un hedor tácito de todo lo americano... siempre vemos a América con un rostro sucio que debe ser lavado para afirmar nuestra convicción y nuestra seguridad... Nuestros buenos ciudadanos piensan que lo que no es ciudad ni prócer ni pulcritud, es un hedor susceptible de ser exterminado; la solución para América pasa por remediar la suciedad e implantar la pulcritud. Esta oposición se torna irremediable... En todos los casos se trataba del hedor que ejercía su ofensiva contra la pulcritud y siempre desde abajo hacia arriba... En la Argentina eran los hijos de los inmigrantes que desbocaban las aspiraciones frustradas de sus padres. Contra ellos luchaban los de abajo, siempre en esa oposición irremediable de hedientos contra pulcros, sin encontrar nunca el término medio. Así sucedieron Tupac Amarú, Pumacahua, Rosas, Peñaloza, Perón como signos salvajes. Todos ellos fueron la destrucción y la anarquía, porque eran la revelación en su versión maldita y hedienta: eran en suma el hedor de América".

El peronismo supo entender que mientras fuera acompañado de ese "hedor" sería fiel a sus principios y tendría el respaldo popular.

El impulso globalizador de los 90 intentó reeditar aquella idea pulcra de la civilización europea en contraposición a la barbarie y el hedor de nuestros pueblos pobres. Tanto la Iglesia como el Peronismo tuvieron sectores que se rindieron a esta propuesta. Otros, proféticamente, siguieron abrazando el hedor como una bandera ineludible, como un camino seguro hacia la transformación desde el pueblo.

Néstor y Cristina, Lula y Dilma, Chávez, Evo, el Pepe, Correa, son líderes actuales que supieron parecerse a sus

pueblos, reconocerlos, ponerse en su lugar "hediento". Reconocieron esa otredad como otra forma de conocimiento sin rotularla ni descalificarla; una sabiduría que sabe persistir en el tiempo con otros modos de habitar y de estar en esta generosa tierra, comprendiendo la complejidad de ser parte, de ser uno en otros, sin el afán individualista de dominarlo todo.

Los movimientos populares son estigmatizados en la actualidad -por la derecha y por la izquierda- como "populismos". Pero son estos movimientos los que supieron proponer a nuestros pueblos de América Latina canales de participación y transformación social que ni la derecha ni la izquierda supieron ofrecer. Son muchos los que no legitimaban esta forma de entender la política, donde un pueblo se identifica con la conducción de un líder o una líderesa. Sin embargo otros tantos sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y laicas, comprometidos con su fe ofrecieron sus vidas para los procesos emancipatorios en nuestra América y se sumaron a los distintos populismos de la región en los últimos años.

Los movimientos populares son estigmatizados en la actualidad -por la derecha y por la izquierda- como "populismos". Pero son estos movimientos los que supieron proponer a nuestros pueblos de América Latina canales de participación y transformación social que ni la derecha ni la izquierda supieron ofrecer. Son muchos los que no legitimaban esta forma de entender la política, donde un pueblo se identifica con la conducción de un líder o una líderesa. Sin embargo otros tantos sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y laicas, comprometidos con su fe ofrecieron sus vidas para los procesos emancipatorios en nuestra América y se sumaron a los distintos populismos de la región en los últimos años.

Esas conquistas del pueblo y en ese proceso de escuchar a los pobres donde se produce el encuentro. Un Peronismo del pueblo y una Iglesia de los pobres.